

## LIBRO QUINTO

---

Ya hemos llegado al postrer acto de la juventud, pero no estamos todavía en el desenlace.

No es bueno que el hombre esté solo. Emilio es hombre y le hemos prometido una compañera, menester es dársela. Sofía es esta compañera. ¿En qué lugar está su albergue? ¿Dónde la encontraremos? Para encontrarla, preciso es conocerla. Sepamos antes lo que es y juzgaremos con más acierto del paraje donde reside, y cuando demos con ella no estará todo concluído. «Una vez que nuestro caballero mozo, dice Locke, está para casarse, tiempo es de dejarle con su novia». Y con esto da fin a su obra. Yo, que no tengo la honra de educar a un caballero, me guardaré de imitar en esto a Locke.

### SOFIA O LA MUJER

Así como es hombre Emilio, Sofía debe ser mujer; quiero decir que ha de tener todo cuanto conviene a la constitución de su sexo y su especie, para ocupar su puesto en el orden físico y moral. Empecemos, por tanto, examinando las diferencias y conformidades de su sexo y el nuestro.

En todo cuanto con el sexo no tiene conexión, la mujer es un hombre: los mismos son sus órganos, las mismas sus necesidades y facultades, la misma construcción es la de la máquina, son las mismas las piezas, la acción de la una es la de la otra; la configuración es semejante, y, bajo cualquier aspecto que las consideremos, sólo en más y en menos entre sí se diferencian.

En todo cuanto con el sexo tiene conexión, siempre se encuentran relaciones entre la mujer y el hombre, y siempre diferencias, y proviene la dificultad de compararlos de la de determinar, en la constitución de uno y otro, lo que es propio o no es propio del sexo. Por la anatomía comparada, y también meramente por lo que está de manifiesto, se encuentran diferencias generales entre ellos que, al parecer, no están conexas con el sexo; lo están, sin embargo, mas por vínculos que no nos es dado distinguir: no sabemos hasta dónde pueden llegar estos vínculos; lo único que sabemos con certidumbre es que todo cuanto es común en ambos pertenece a la especie, y cuando es diferente es peculiar del sexo. Desde estos dos puntos de vista, tantas relaciones y oposiciones se encuentran entre ellos, que acaso es un milagro de la Naturaleza el haber formado dos seres tan semejantes, constituyéndolos de modo tan diferente.

Estas relaciones y diferencias deben tener influjo en lo moral; consecuencia palpable, conforme a la experiencia y que pone en claro la vanidad de las disputas acerca de la preeminencia o igualdad de los sexos: como si, encaminándose cada uno de ellos al fin de la Naturaleza según su peculiar destino, no fuera en esto más perfecto que si fuese más parecido al otro. En lo común que hay en ellos, son iguales; en lo diferente no son comparables. Tan poco se deben parecer en

el entendimiento como en el rostro un hombre y una mujer perfectos.

En la unión de los sexos, cada uno concurre por igual al objeto común; pero no del mismo modo: de esta diversidad nace la primera diferencia notable entre las relaciones morales de uno y otro. El uno debe ser activo y fuerte, débil y pasivo el otro; de precisa necesidad es que el uno quiera y pueda; basta con que el otro se resista poco.

Asentado este principio, se sigue que el destino especial de la mujer es agradar al hombre. Si recíprocamente debe agradarle el hombre a ella, es necesidad menos directa: el mérito del varón consiste en su poder, y sólo por ser fuerte agrada. Esta no es la ley del amor, lo confieso; pero es la ley de la Naturaleza, más antigua que el amor mismo.

Si el destino de la mujer es agradar y ser sojuzgada, se debe hacer agradable al hombre, en vez de incitarle: en sus atractivos se funda su violencia; por ellos le debe precisar a que encuentre y use su fuerza. El arte más eficaz de animarla ésta, es hacerla necesaria con la resistencia. Juntándose entonces el amor propio con el deseo, triunfa el uno de la victoria que el otro le deja alcanzar: de aquí nacen el acometimiento y la defensa, la osadía de un sexo y el encogimiento del otro, la modestia, en fin, y la vergüenza con que armó la Naturaleza al débil para que al fuerte esclavizara.

¿Quién pudo pensar que ésta hubiese prescrito las provocaciones mismas al uno que al otro, y que el primero que formara deseos fuera también el que primero los manifestase? ¡Qué extraña depravación de juicio! Si trae la empresa tan distintas consecuencias para ambos sexos, ¿es natural que con la misma osadía la acometan? ¿Quién no ve que mediando tamaña

desigualdad en la puesta común, si el recato no impusiera al uno la moderación que al otro le impone la Naturaleza, en breve resultaría la ruina de entrambos y perecería el linaje humano por los mismos medios que para su conservación fueron establecidos? Con la facilidad que tienen las mujeres para inflamar los sentidos de los hombres y ayivar en lo interior de sus corazones las chispas de un temperamento casi apagado, si hubiese algún malhadado clima en la tierra donde la filosofía hubiera introducido esta práctica, con especialidad en los países cálidos, donde nacen más mujeres que hombres, tiranizados éstos por aquéllas, al cabo fueran sus víctimas, y todos se vieran arrastrados a la muerte sin poderse nunca defender.

Si no tienen las hembras de los animales el mismo instinto, ¿qué se sigue de eso? ¿Tienen acaso, como las mujeres, los deseos sin tasa a que esta vergüenza sirve de freno? Los deseos de aquéllas resultan de la necesidad; satisfecha la necesidad, cesa el deseo; no repelen al macho por fingimiento (46), sino muy de veras: hacen todo lo contrario de lo que hacía la hija de Augusto, y, cuando lleva el navío su cargamento, no admiten más pasajeros. Aun cuando están libres, son efímeras y cortas sus épocas de buena voluntad; el instinto las impele, y el instinto las para. ¿Cuál será en las mujeres el suplemento de este instinto negativo si les quitáis el pudor? Aguardar a que ellas no se cuiden de los hombres, es aguardar a que éstos no sean buenos para nada.

(46) Yo he notado que las repulsas por melindre y pro-  
vocativas son comunes en casi todas las hembras, hasta en  
los animales, y aun cuando más dispuestas están a rendir-  
se: es necesario no haber nunca observado sus procedimien-  
tos para no convenir en esto.

En todo quiso el Sér Supremo honrar la especie humana: si da al hombre desmedidas inclinaciones, le da juntamente la ley que las regula, para que sea libre y mande en sí propio: si le abandona a inmoderadas pasiones, con estas pasiones junta la razón para que las rija: si abandona a deseos sin raya la mujer, con estos deseos junta el pudor que los contiene, y añade para más cúmulo una actual recompensa al buen uso de sus facultades, es decir, el gusto que toma a las cosas honestas quien las hace regla de sus acciones. Esto bien me parece que equivalga al instinto de los brutos.

Por tanto, ya participe o no la mujer los deseos del hombre, y quiera o no satisfacerlos, siempre le repele y se defiende, mas no siempre con la misma fuerza, ni, por consiguiente, con igual fruto. Para que la victoria quede por el que acomete, es preciso que lo permita o lo mande el acometido; porque ¿cuántos medios no tiene para forzar al agresor a que haga uso de sus fuerzas? El más libre y el más suave de todos los actos no admite violencia real, pues se oponen a ella la Naturaleza y la razón: la primera, habiendo dispensado al más débil la cantidad de fuerza necesaria para resistir cuando se le antoja; la segunda, porque una violencia real, no solamente es el acto más bárbaro, sino también el más diametralmente opuesto al fin, ora porque declare así el hombre la guerra a su compañera, autorizándola a que defienda su persona y su libertad, aunque sea a costa de la vida del agresor, ora porque sólo la mujer es juez del estado en que se encuentra, y porque los niños no tendrían padre, si pudiese todo varón usar los derechos de tal.

La tercera consecuencia de la constitución de los sexos, es que el más fuerte sea en la apariencia el árbitro, y en la realidad dependa del más débil, y no así

por un frívolo estilo de galanteo ni por una altiva generosidad de amparador, sino por una invariable ley de la Naturaleza que, dando más facilidad a la mujer para que excite deseos, que al hombre para que los satisfaga, hace a éste dependiente, mal de su grado, de la buena voluntad de aquélla, y le precisa a que procure recíprocamente serle agradable, para alcanzar de ella que consienta en dejarle que sea el más fuerte. Entonces lo que más agrada al hombre en su victoria, es dudar si la flaqueza es la que cede a la fuerza, o si es la voluntad la que se rinde, y la común astucia de la mujer es dejar subsistir esta duda entre el hombre y ella. En esto, corresponde perfectamente el espíritu de las mujeres a su constitución; lejos de sonrojarse de su debilidad, hacen gala de ella; afectan que no pueden alzar del suelo ni los más ligeros pesos y se avergonzarían de ser fuertes. ¿Por qué así? No sólo por parecer delicadas, sino por una precaución más astuta; desde muy lejos buscan disculpas y derecho para ser débiles, cuando fuere necesario.

El progreso de las luces adquiridas con nuestros vicios ha variado mucho en este punto entre nosotros las antiguas opiniones, y ya nadie cuenta violencias desde que son tan poco necesarias, y los hombres ya no creen en ellas (47); pero eran muy frecuentes en las remotas antigüedades griegas y judaicas, porque estas opiniones son propias de la sencillez de la Naturaleza, y sola la experiencia de lo estragado de las costumbres ha podido desarraigarlas. Si en nuestro tiem-

(47) Puede haber tanta desproporción en la edad y en la fuerza, que haya una violencia real, pero como aquí trato del estado relativo de los sexos según el orden de la naturaleza, los considero ambos en la relación común que constituye este estado.

po se citan menos actos de violencia, no es porque sean más templados los hombres, sino porque son menos crédulos, y porque una queja que antiguamente hubiera persuadido a pueblos simples, no hiciera más ahora que excitar la risa de los burlones; de suerte que se saca más con callarse. En el *Deuteronomio* (48) hay una ley, en virtud de la cual la soltera de quien habían abusado era castigada con el seductor si se había cometido el delito dentro del pueblo; pero si se había cometido en el campo o en parajes solitarios, sólo el hombre era castigado; *porque, dice la ley, la doncella dió gritos, pero no fue oída*. Esta benigna interpretación enseñaba a las doncellas a que no se dejaran sorprender en parajes frecuentados.

Sensible es el efecto de estas diversas opiniones en las costumbres; el galanteo moderno es consecuencia de ellas. Convencidos los hombres de que sus gustos dependían más de lo que habían creído de la voluntad del bello sexo, han cautivado esta voluntad por medio de condescendencias que éste ha remunerado con usura.

Véase cómo insensiblemente nos conduce lo físico a lo moral, y cómo de la tosca unión de ambos sexos nacen poco a poco las más suaves leyes del amor. El imperio no es de las mujeres porque han querido los hombres que lo fuera, sino porque lo quiere así la Naturaleza, y era de ellas antes que pareciese que les pertenecía. El mismo Hércules, que creyó violentar a las cincuenta hijas de Tespio, se vió precisado a hilar ante Onfale, y el fuerte Sansón no era tan fuerte como Dalila. A las mujeres pertenece este imperio, y no pueden ser privadas de él, aun cuando de él abusan: si pudieran perderle, largo tiempo hace que no le tendrían.

(48) *Deuteronomio*, XXII 23-27.

No hay paridad ninguna entre ambos sexos en cuanto a lo que es consecuencia del sexo. El varón sólo en ciertos instantes lo es, la hembra es toda su vida hembra o, a lo menos, toda su juventud: todo lo llama a su sexo, y para desempeñar bien sus funciones necesita de una constitución que a él se refiera. Necesita cuidarse durante su preñez; sosiego cuando está parida; una vida muelle y sedentaria para dar de mamar a sus hijos; para educarlos paciencia, blandura, un celo y un cariño que con nada se fatigue; es el vínculo entre ellos y su padre; ella se los hace amar y le inspira confianza para que los llame suyos. ¡Cuánta ternura y solitudes necesita para mantener unida toda la familia! Finalmente, nada de esto debe ser en ella virtud, todo ha de ser gusto, sin lo cual en breve se extinguiera el linaje humano.

La estrechez de las obligaciones relativas de ambos sexos ni es ni puede ser la misma, y cuando en esta parte se quejan las mujeres de la desigualdad que han establecido los hombres, no tienen razón; esta desigualdad no es institución humana o, a lo menos, no es hija de la preocupación, sino de la razón; a aquel de los dos a quien fió la Naturaleza el depósito de los hijos, toca responder de ellos al otro. Sin duda que a nadie le es permitido violar su fe, y todo marido infiel que priva a su mujer de la única recompensa de las austeras obligaciones de su sexo, es un inhumano y un injusto: pero hace más la mujer infiel, pues disuelve la familia y quebranta todos los vínculos de la Naturaleza; dando al hombre hijos que de él no son, es aleve con unos y con otros, junta la perfidia con la infidelidad. Apenas veo desorden y delito que de esto no penda. Si hay estado horroroso en el mundo, es el de un padre desventurado que, no teniendo confianza en su mujer, no se atreve a entregarse a los más dul-

ces afectos de su corazón; que cuando estrecha a su hijo entre sus brazos, duda si tiene en ellos al hijo ajeno, la prenda de su afrenta, al ladrón del caudal de sus verdaderos hijos. ¿Qué otra cosa es entonces la familia, que una compañía de secretos enemigos que arma unos contra otros una culpada mujer, forzándolos a fingir que mutuamente se aman?

No sólo importa que sea fiel la mujer, sino que la tenga por tal su marido, sus parientes, todo el mundo; importa que sea modesta, atenta, recatada, y que los extraños, no menos que su conciencia propia, den testimonio de su virtud. En una palabra, si importa que el padre ame a sus hijos, importa que estime a la madre de sus hijos. Estas son las razones que constituyen la apariencia misma como una obligación de las mujeres, y les hacen la honra y la reputación no menos indispensable que la castidad. De estos principios, con la diferencia moral de los sexos, proviene un nuevo motivo de obligación y decoro que prescribe especialmente a las mujeres velar con la mayor escrupulosidad en su conducta, sus modales y su traza. Sostener vagamente que son iguales ambos sexos y unas mismas sus obligaciones, es abandonarse a declaraciones vanas, sin decir nada mientras a esto no respondan.

¿Es modo sólido de discurrir el responder con excepciones a las leyes generales tan bien fundadas? Decís que no siempre las mujeres están en cinta. No; mas su destino peculiar es estarlo. ¡Y qué, porque hay en el Universo un centenar de ciudades populosas donde viviendo licenciosamente las mujeres paren poco, pretendéis que el estado de las mujeres es el estar rara vez embarazadas! ¿En qué pararían vuestras ciudades, si las aldeas distantes, donde viven la mujeres con más sencillez y castidad, no reparasen la esterilidad

de las damas? ¡En cuántas provincias se miran como poco fecundas las mujeres que sólo han tenido cuatro o cinco partos! (49) En fin, ¿qué importa que esta o aquella mujer tenga pocos? ¿Deja por eso de ser el estado de la mujer el de madre? ¿Y no deben afianzar este estado con leyes generales las costumbres y la Naturaleza?

Aun cuando hubiera entre las preñeces tan dilatados intervalos como suponen, ¿mudaría por eso una mujer súbita y alternativamente de vivir, sin correr peligro? ¿Será hoy nodriza y guerrera mañana? ¿Variará de temperamento y gustos, como de colores un camaleón? ¿Pasará de repente de la sombra del encierro y tareas domésticas, a las intemperies del aire, a las faenas, a las fatigas, a los peligros de la guerra? ¿Será unas veces medrosa (50) y otras animosa; unas delicada y otras robusta? Si con tanta dificultad se hacen al ejercicio de las armas los mancebos educados en las grandes capitales, las mujeres que nunca han arrostrado el sol y que apenas saben andar, ¿se acostumbrarán a él después de cincuenta años de mollicie? ¿Tomarán este duro ejercicio a la edad, que le dejan los hombres?

Países hay en que las mujeres paren casi sin dolor,

(49) Sin esto iría necesariamente a menos la especie; para que se conserve ésta, es preciso que, compensándolo todo, tenga cada mujer cuatro hijos con corta diferencia; porque de los niños que nacen se mueren cerca de la mitad antes que puedan tenerlos ellos, y es necesario que queden dos para representar al padre y la madre. Véase si las ciudades dan esa población.

(50) La timidez de las mujeres es también un instinto de la Naturaleza contra el doble peligro que corren durante su preñez.

y crían a sus hijos casi sin afán: lo confieso así; pero en estos mismos países andan en todo tiempo desnudos los hombres de medio cuerpo, luchan a brazo partido con las fieras, llevan una canoa al hombro como unas alforjas, hacen cacerías de setecientas u ochocientas leguas, duermen al sereno en el suelo, aguantan increíbles fatigas y pasan muchos días sin comer. Cuando se robustecen las mujeres, todavía se robustecen más los hombres; cuando se afeminan los hombres, se afeminan más las mujeres; cuando por igual varían ambos términos, se queda la misma la diferencia.

Platón, en su *República*, asigna a las mujeres los mismos ejercicios que a los hombres; bien lo creo. Como quitó de su gobierno las familias particulares, no sabiendo qué hacerse con las mujeres, las hizo por precisión hombres. Todo lo había combinado, todo previsto este hermoso ingenio: resolvía de antemano una objeción que nadie acaso hubiera pensado en hacerle, pero ha resuelto mal la que le hacen. No hablo de aquella pretendida comunidad de mujeres, acusación tan repetida, y que los que se la hacen prueban que nunca la han leído; hablo, sí, de la mezcla civil que perpetuamente confunde ambos sexos en los mismos empleos, en las mismas tareas, y no puede menos de engendrar los más intolerables abusos; hablo de aquel trastorno de los más suaves afectos de la Naturaleza, sacrificados a uno artificial que sólo por ellos puede subsistir, como si no fuese indispensable un asidero natural para formar vínculos de convención; como si el amor que tenemos a nuestros parientes no fuera el principio del que debemos al estado; como si no fuera por la patria chica, que es la familia, por donde se une el corazón a la grande; como si no fuera el buen hijo, el buen padre, el buen esposo, los que forman el buen ciudadano.

Una vez demostrado que ni en cuanto al carácter ni al temperamento están ni deben estar constituidos del mismo modo el hombre y la mujer, se infiere que no se les debe dar la misma educación. Siguiendo las direcciones de la Naturaleza, deben obrar acordes, pero no deben hacer las mismas cosas; el fin de sus tareas es común, mas éstas son diferentes y, por consiguiente, los gustos que las dirigen. Habiendo procurado formar al hombre natural, por no dejar la obra imperfecta, veamos también cómo se ha de formar la mujer para que a este hombre convenga.

¿Queréis ir siempre bien guiado? Pues no os apartéis de las indicaciones de la Naturaleza. Debe respetarse todo cuanto el sexo caracteriza, como que ella lo ha establecido. Sin cesar decís: «Las mujeres adolecen de este o aquel defecto que no tenemos nosotros». Vuestra soberbia os engaña: en vosotros fueran defectos, en ellas son prendas; peor andaría todo si no los tuviesen. Estorbad que degeneren esos pretendidos defectos, pero guardaos de destruirlos.

Por su parte no cesan de clamar las mujeres que las educamos para que sean vanidosas y coquetas, que sin cesar las divertimos con niñerías para ser los amos con más facilidad, y se quejan a nosotros de los defectos que las echamos en cara. ¡Qué desvarío! ¿Pues desde cuándo se meten los hombres en la educación de las niñas? ¿Quién estorba a las madres que las eduquen como se les antoje? No tienen escuelas públicas: ¡qué desdicha! ¡Ah, si no las tuviesen los muchachos, se educarían con más juicio y más honestidad! ¿Precisan a vuestras hijas a que pierdan el tiempo en boberías? ¿Les hacen que contra su voluntad pasen, a ejemplo vuestro, la mitad de la vida en el tocador? ¿Os estorban que las instruyáis y las hagáis instruir como a la fantasía os viniere? ¿Es culpa nues-

tra si nos agradan cuando son hermosas, si nos vuelven locos sus dengues, si el arte que de vosotras aprenden nos atrae y nos lisonjea, si nos complacemos en verlas vestidas con gusto, si les dejamos que afilen a su sabor las armas con que nos sojuzgan? Eh, resolveos a educarlas como a hombres, que ellos os lo consentirán de buena voluntad. Cuando más se les quieran semejar, menos los gobernarán, y entonces sí que serán ellos verdaderamente los amos.

No todas las cualidades comunes de ambos sexos las tienen ambos en igual medida; pero valuadas en la totalidad se compensan. La mujer vale más como mujer y menos como hombre; en todo aquello en que esfuerza el valor de sus derechos, nos saca ventajas; en todo aquello en que quiere usurpar los nuestros, se queda inferior a nosotros. Esta verdad general sólo se puede rebatir con excepciones; modo constante de argüir de los rendidos apasionados del bello sexo.

Por tanto, cultivar en las mujeres las dotes del hombre y descuidar las que de ellas son privativas, es afanarse visiblemente en su detrimento. Bien lo saben las pícaras para dejarse engañar; cuando procuran usurpar nuestras ventajas, no abandonan la suya; pero sucede que, no pudiendo amalgamar bien unas con otras porque son incompatibles, no llegan con aquéllas a donde hubieran alcanzado, y no pueden en éstas competir con nosotros, perdiendo así la mitad de su precio. Creedme, juiciosa madre, no hagáis a vuestra hija un hombre de bien, como por desmentir la Naturaleza; hacedla mujer de bien y estad cierta que valdrá más para nosotros y para sí.

¿Se sigue de esto que deba ser educada en la ignorancia de todas las cosas y ceñida meramente a las funciones caseras? ¿Hará el hombre de su compañera su sirvienta? ¿Se privará para con ella del mayor em-

beleso de la sociedad? ¿La impedirá que sienta, que conozca cosa ninguna, por mejor esclavizarla? ¿La hará un verdadero autómatas? No, sin duda; no lo ha dicho así la Naturaleza, que da a las mujeres tan agradable y delicada inteligencia; por el contrario, quiere que piensen, juzguen, amen, conozcan y cultiven su entendimiento como su figura; que son las armas que les da para suplir la fuerza que les falta y dirigir la nuestra. Deben aprender muchas cosas, pero sólo aquéllas que les conviene saber.

Ya considere el destino particular del sexo, ya observe sus inclinaciones, o cuente sus obligaciones, todo contribuye por igual a indicarme la forma de educación que le conviene. La mujer y el hombre están formados uno para otro, pero no es igual su recíproca independencia: los hombres penden de las mujeres por sus deseos; las mujeres penden de los hombres por sus deseos y sus necesidades; mejor subsistiríamos nosotros sin ellas que ellas sin nosotros. Para que tengan lo necesario en su estado, es preciso que se lo demos, que se lo queramos dar, que las reputemos dignas; penden así de nuestros afectos, del precio que a su mérito ponemos, del caso que hacemos de sus atractivos y sus virtudes. Por la misma ley de la Naturaleza, las mujeres, tanto por sí como por sus hijos, están a merced de los hombres: no basta con que sean estimables, es preciso que sean estimadas; no les basta con ser hermosas, es preciso que agraden; no les basta con ser honestas, es preciso que sean tenidas por tales; su honra se cifra, no sólo en su conducta, sino en su reputación, y no es posible que la que se aviene a ser reputada infame pueda nunca ser honrada. El hombre, cuando obra bien, sólo depende de sí propio y puede arrostrar el juicio del público; pero la mujer, cuando obra bien, sólo tiene hecha la mitad

de su tarea, y no menos le importa lo que de ella piensan que lo que es efectivamente. De aquí se sigue que en esta parte el sistema de su educación debe ser contrario al nuestro: la opinión es el sepulcro de la virtud para los hombres, para las mujeres es su trono.

De la buena constitución de las mujeres pende la de los niños; del esmero de las mujeres pende la educación primera de los hombres; también de las mujeres penden sus costumbres, sus pasiones, sus gustos, sus deleites, su propia felicidad. De suerte que toda la educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar de ellos, educarlos cuando niños, cuidarlos cuando mayores, aconsejarlos, consolarlos, hacerles grata y suave la vida; estas son las obligaciones de las mujeres en todos tiempos, y esto lo que desde su niñez se les debe enseñar. Mientras no subamos a este principio nos desviaremos de la meta, y todos cuantos preceptos les demos no serán de provecho para su felicidad ni para la nuestra.

Pero aunque quiera y deba querer toda mujer agradar a los hombres, hay mucha diferencia de querer agradar al hombre de mérito, al verdaderamente amable, o a esos lindos pollos que igualmente los afrentan su sexo y el que imitan. Ni la Naturaleza ni la razón pueden incitar en la mujer a que ame en los hombres lo que a ella es parecido, como tampoco debe aspirar a ser amada de los hombres afectando modos varoniles.

De suerte que cuando dejan el estilo modesto y reposado de su sexo, tomando los ademanes de estos atolondrados, lejos de servir su vocación renuncian de ella, privándose a sí propias de los derechos que presumen usurpar. Si fuéramos de otro modo, dicen,



no gustaríamos a los hombres. Mienten. Menester es ser loca para querer a locos; el deseo de atraer esas gentes manifiesta la inclinación de la que a él se entrega. Si no hubiera hombres insubstanciales, se daría ella prisa a formarlos, y este defecto más bien es obra suya que de ellos mismos. La mujer que gusta de los verdaderos hombres y quiere agradarles, toma los medios análogos a este objeto. Es la mujer coqueta por su estado, pero muda de forma y objeto su coquetería según sus miras: regulemos éstas por las de la Naturaleza, y será educada como conviene que lo sea.

Las niñas, casi desde que nacen, gustan de andar bien vestidas: no contentas con ser lindas, quieren ser tenidas por tales; en sus ademancillos ya se echa de ver que se ocupan en esta solicitud, y apenas están en estado de entender lo que les dicen, cuando las gobiernan hablándolas de lo que pensarán de ellas. Muy lejos está de que ejerza en los muchachos igual imperio el propio motivo que con suma imprudencia les proponen. Con tal que sean independientes y se diviertan, poquísimo se curan de lo que de ellos puedan pensar, y sólo a fuerza de trabajo y tiempo los sujetan a la misma ley.

Venga de donde viniere a las niñas esta lección primera, es muy ventajosa. Una vez que el cuerpo nace, por decirlo así, antes que el alma, el primer cultivo debe ser el de aquél; este orden es común de ambos sexos. Pero es distinto el objeto de este cultivo; en el uno es el desarrollo de las fuerzas, en el otro el de las gracias: no porque hayan de ser exclusivas estas cualidades en cada sexo, sino que se ha de invertir el orden; es preciso que tengan las mujeres fuerza suficiente para ejecutar con gracia todo cuanto hagan, y lo es también que tengan los hombres maña bastante para hacer con facilidad lo que hayan de ejecutar.

Por la extremada molicie de las mujeres empieza la de los hombres. No han de ser las mujeres robustas como ellos; mas sí por ellos, para que lo sean también los hombres que de ellas nacieren. En esta parte los colegios, donde las pensionistas comen manjares comunes, pero saltan, corren, juegan en jardines a cielo raso, son preferibles a la casa de sus padres, donde una niña comiendo cosas delicadas y siempre acariciada o reprendida, siempre sentada en presencia de su madre en un aposento bien cerrado, no se atreve a levantarse, ni andar, ni hablar, ni resollar, y no tiene un instante libre para jugar, brincar, correr, dar gritos, entregarse a la alegría natural de su edad: siempre relajación peligrosa, o mal entendida severidad: nunca un justo medio. Así echan a perder el cuerpo y el ánimo de la juventud.

Las doncellas de Esparta se ejercitaban, lo mismo que los jóvenes, en juegos militares, no para ir a la guerra, sino para dar un día a luz hijos a propósito para las fatigas bélicas. Esto no lo apruebo: para criar soldados para el Estado no es necesario que las madres hayan llevado el fusil al hombro y hecho el ejercicio a la prusiana; pero generalmente me parece que la educación griega era en esta parte muy discreta. Las vírgenes jóvenes se mostraban con frecuencia en público, no mezcladas con los mancebos, sino reunidas unas con otras. Casi no había fiesta, sacrificio ni ceremonia en que no se viesen corrillos de hijas de los principales ciudadanos, coronadas de flores, cantando himnos, formando coros de danzas, llevando canastos, vasos, ofrendas y presentando a los depravados sentidos de los griegos un delicioso espectáculo, capaz de contrapesar el mal efecto de su indecente gimnasia. Cualquiera que fuese la impresión que hiciera esta práctica en los hombres, era excelente en